



UN CRIADO MODELO

D. Homobono Guiteras, viejo solteron, enriquecido en el comercio de sedas, tiene un criado llamado Valentin.

Un día medió entre ellos la conversacion siguiente:

—Valentin, dijo D. Homobono, tú eres un servidor leal y estoy plenamente satisfecho de tus servicios.

—Oh! señor, es V. muy bondadoso. Yo solo hago lo que debo y lo que V. se merece.

—Muy justol así es que no te he olvidado en mi testamento.

—Cómo! el señor ha testado? pues qué, piensa V. morir?

—No, hijo mio, todavia no; pero esto no obsta para que arregle todos mis asuntos; máxime, teniendo, como yo tengo, una bonita fortuna. Entre las personas á quienes dejo recuerdos te encuentras tú.

—Qué dicha, señor. Es decir, que llegara un día en que pueda vivir sin trabajar?

—Ciertamente, pues te dejo mil reales por cada año que yo viva á contar desde hoy.

—Mil reales... no comprendo?...

—Pues es bien claro: si yo muero dentro de tres años, tendrás tres mil reales.

—Y ¿si vive V. diez años?...

—Tendrás diez mil reales.

—Cielos! Y si llegara V. á vivir todavía veinte años?

—Tendrás un capitalito de veinte mil reales.

—Veinte... mil reales...

Valentin cae desfallecido en un sofá.

—Vamos, cálmate, le dice D. Homobono. Sabe que si hago esto, es con un objeto interesado. Yo no gozo de una salud muy fuerte ni de una constitucion muy robusta y quiero que tú veles por mi y protejas mi existencia.

—Oh! señor, yo seré un padre para V. y tambien una madre... todo lo que V. quiera...

—Si yo vivo luengos años, mejor para ambos, pues tú verás en cada uno aumentar tu fortuna y despues tiempo tienes para gozar de ella. Ya ves, tú tienes ahora poco mas de veinte años.

—Ah! señor, V. vivirá mas que Matusalem, yo se lo aseguro.

—El cielo te oiga. Pero que cuenta estás haciendo con los dedos?

—Nada, señor; es para saber el capital que tendré entonces.

—Si, ya será grande. Conque quedamos convenidos. Ahora que conoces mi testamento puedes obrar en consecuencia.

—Si, señor, y desde este momento voy á poner alcanfor por todas partes.

—Para qué?...

—Porque dicen que conserva.

Algunos dias despues.

—Valentin?

—Señor.

—Hombre, me estraña no haber vuelto á recibir el periódico.

—Lo que á mi me estrañaría es que lo recibiera V.

—Y por qué?...

—Porque he terminado la suscripcion.

—Qué diablo de idea te ha dado?...

—No quiero que lea V. ningun papel politico. La politica es demasiado seria é inquieta y fatiga el espiritu y la imaginacion; en una palabra, acorta la existencia... y la de V. me es demasiado preciosa para que yo...

—Tú crees eso?... entonces apruebo tu idea. Pero, qué periódico me permitirás leer?

—El Diario de Avisos.

—Valentin, pon hoy dos cubiertos.

—No, señor.

—Cómo no? demasiado sabes que viene hoy Conchita, la del Circo, á comer conmigo.

—No, señor, no lo he olvidado; solamente que Conchita ya no vendrá mas.

—Cómo? Concha me abandona, ingrata! No creo, sin embargo, haberla dado motivo para ello.

—No es ella la que abandona al señor, es V. el que la abandona á ella.

—Que yo la abandono?...

—Es decir, he sido yo en nombre de V. He consultado con el médico y hemos convenido en que á la edad de V. no convienen las relaciones amorosas

—Pero si...

—Quere V. morir no dejándome mas que mil reales?

—Hombre no, pero...

—Déjeme V. obrar. Hé aquí la cuenta del gasto de hoy.

Puchero. 8 reales.

Una chuleta. . . . 4 »

Compota. 4 »

Un collar. 2000 »

Total. 2016 »

—Un collar de 2000 reales? lo has puesto acaso en el puchero?

—No, señor, es el que he enviado á Conchita al despedirla. Va vé V. que sé hacer bien las cosas.

Han transcurrido dos años.

D. Homobono goza de la mejor salud.

Valentin cuenta ya con un legado de cien duros.

—Valentin, dice un dia D. Homobono, estoy contento de tus servicios. Solamente que la comida que me das es demasiado monótona: todos los dias lo mismo.

—Dígame V. de una vez que quiere tirar la casa por la ventana. Bueno; todos los dias iremos á casa de Lhardy y á Fornos: haremos los calaveras.

—No, hombre; no quiero decir eso... pero en fin, me parece que...

—Estos amos! Aunque uno se mate en su interés, nunca están contentos. Qué tiranía!

—Vamos, cálmate: como si no hubiera dicho nada.

—Voy á probar á V. que tengo razon. Coja V. ese diario y lea la lista de las defunciones: en ella hay infinidad de viejos de su edad que de seguro han muerto por su mala conducta.

—Calla, calla, que me horrorizas!

—Ah! señor, si alguna vez tengo mil duros de capital bien los habré ganado con el sudor de mi frente.

El cuarto año acaba de pasar.

La ambicion de Valentin aumenta en la misma proporcion que su capital.

Así cuida á su amo mas que nunca.

Cuando aquel sale á paseo, Valentin le sigue para velar por su persona.

Un dia D. Homobono es atropellado por un carruaje: las ruedas van á pasarle sobre el pecho... pero Valentin está allí; con peligro de su vida se arroja sobre los fogosos caballos, logrando contenerlos.

D. Homobono está salvado.

Amo y criado se confunden en un estrecho abrazo.

—Oh! dice D. Homobono, si yo me hubiera contentado con señalarle una simple pensión á Valentin, de seguro que me hubiera dejado perecer. Decididamente he tenido una feliz idea.

Oh! desgracia!

D. Homobono cae gravemente enfermo.

Valentin está desesperado.

Con el mayor celo cuida de su amo, sin separarse un solo instante de la cabecera del lecho.

Ya no es un criado, es casi una madre.

Por fin, gracias á tantos afanes y desvelos, el enfermo recobra la salud, y aunque la convalecencia es penosa, Valentin sabe sobreponerse á todo.

Pero tan asiduos cuidados han quebrantado el robusto temperamento del jóven.

El desgraciado cae, á su vez, enfermo.

Los médicos desesperan de su vida.

Valentin acaba de morir.

D. Homobono busca otro criado á quien asegure la misma herencia, con idénticas condiciones.

NINO.

1875.

MÁLAGA

Y sigue la opinion pública ocupándose de la cuestion de teatros.

Apenas si se habla de otra cosa en Málaga; y entre el valor del *fruto* y la *cotizacion* de la bolsa; entre los *francos* y las *libras*, salen á relucir la Toda y la Frigerio, Obregon y Ficarra; y puede darse como seguro que no se cierra un trato en la plaza sin que se hable de Offembach y Lecoq, de Caballero y Arrieta.

A poco que sigamos asi, se harán los *corretages* en lá menor, y las *comisiones* en si sostenido.

Es mucha Málaga esta.

Dividida en dos bandos, *cervantistas* y *principalistas* se atacan con la mayor rudeza, tirándose á la cabeza cuantos dicterios encuentran á mano, es decir, á boca.

Y los que ayer se deleitaban con la música de «Barba Azul» y de «La hija de Madama Angot» encuentran hoy desabrida y monótona la música de Lecoq y Offembach, mientras que los otras veces entusiastas admiradores de «El Juramento» y «Jugar con fuego» reniegan de los maestros españoles, acusándolos de imitadores y rapsodistas.

¡Que cosas, señor, que cosas!

Yo quisiera ver al público asistir indistintamente á los dos teatros, y aplaudir lo bueno y censurar lo malo, porque es indudable que en ambos coliseos hay bueno y hay malo.

¿No funcionan en otras capitales de provincia dos ó mas teatros, y viven en paz y en gracia de Dios? Pues por qué no hemos de hacer nosotros lo mismo?

Hay quien alega,—y esto es ya mas serio—que

se arruina un honrado industrial, y con él una multitud de familias, que dependen de ese mismo negocio.

Yo lo siento, y lo siento mucho, soy sincero; mas ¿á quién se le ocurre traer una compañía de zarzuela á Málaga?

Y si esta compañía hubiera empezado poniendo en escena toda esa cáfila de obras que se han estrenado últimamente en Madrid, y que se llaman, si no estoy equivocado, «El anillo de Hierro»; «El salto del pasiego»; «Las nueve de la noche», y otras muchas cuyos títulos ignoro, la gente habría asistido por la novedad, y la empresa se hubiera salvado.

Pero, no señor, el abono ha de tener paciencia, y tomar lo que le den, sin murmurar.

Es como si mi sastre quisiera vestirme con telas y hechuras á su gusto y contra mi voluntad, y el día que lo abandonase por otro, se quejara de mí amargamente.

Siempre se ha dicho que el conde que paga es el verdadero conde; y como el abono es el que paga, el abono es el verdadero conde.

Y luego la empresa tuvo el mal gusto de indisponerse con toda la prensa local desde un principio, negándose tenazmente á sus justas solicitudes.

¿Y para qué? para acceder luego en gran parte á sus pretensiones, cuando el mal estaba ya causado.

Un teatro tan grande no debía andar con mezquindades en el reparto de butacas, máxime cuando en Madrid, donde hay muchos mas periódicos, se les dá á todos sus correspondientes localidades.

Pero vuelvo á mi tema de siempre: «cada uno hace de su capa un sayo», y en paz.

No quiero concluir esta ligera crónica sin hablar algo de bodas, porque segun mis noticias son tres las que se preparan para ántes que se termine el año.

Una entre una preciosa jóven de tez trigueña y rasgados ojos negros, que solo vive en Málaga por temporadas, y el hijo menor de un opulento banquero: otra entre una elegante jóven, de apellido alemán, y un distinguido jurisconsulto, establecido hace años en Córdoba; y otra en fin, entre una aristocrática señorita cortesana y un jóven malagueño, de indisputables condiciones para el foro.

Va ven ustedes, queridos lectores, que el año no acaba mal, y que si el inmediato de 1879, empieza de igual manera no queda un soltero para un remedio.

Quién pudiera hacer lo mismo!

GIBRALFARO.

MAL GUSTO

Notó Napoleon I que en una asamblea de hombres había uno muy compuesto y perfumado.

Volviéndose en todas direcciones, preguntó:

—Quién huele aquí á muger?

Yo.

EN LAS CARRERAS



Trage de caballero.



Trage de señora.

SURIPANTEO



En el Principal.



En Cervantes.

X.

IX.

Mientras duró mi convalecencia, Ernesto no se separó un momento de mi lado. Mas enamorado y mas amante que nunca, atendía con la solicitud mas cariñosa á mi cuidado, y se esmeraba en adivinar mis deseos y mis necesidades, como pudiera hacerlo la madre mas estremosa.

Yo le agradecía con toda mi alma tanto desvelo, y creía vueltos para siempre aquellos felices dias de nuestros primeros meses de matrimonio, en los cuales nuestra vida habia transcurrido tranquila y serena como la cristalina superficie de un arroyuelo.

Pero ¡ay! que el corazon humano es cosa frágil. Apenas me encontré fuerte y pude abandonar el lecho, Ernesto volvió á su agitada vida, y de nuevo el club y el teatro, las reuniones y las cenas volvieron á ocupar todo su tiempo, y aunque los primeros ardores de la primavera habian cerrado algunas casas, todavia quedaban bastantes *soirées* para que Ernesto justificara el pasar las noches fuera de su hogar.

Aquel género de vida me acongojaba: yo hubiera preferido tenerlo siempre á mi lado, pero me consolaba la idea de verlo feliz, pues así al menos lo juzgaba yo, y no siendo egoista, me sacrificaba gustosa para que él cumpliera lo que llamaba sus deberes sociales.

Varios meses transcurrieron así, cuando un dia se me presentó Ernesto con una levita en la mano, á la que se le habia caido un boton, y como no hubiese venido la costurera, me ofrecí á coserlo yo misma.

Así lo hice, y al repasarla con mayor cuidado por si tenia algun otro defecto, sentí crujir un papel en el bolsillo del pecho. El temor de que pudiera estraviarse me hizo buscarlo para entregárselo á mi marido, y distraidamente miré el sobre. La letra era de la Marquesa de M..., mi mejor amiga, mi compañera de colegio, unida hacia algunos años á un hombre que la adoraba y que la hacia feliz, segun el decir de las gentes.

Me extrañó aquella correspondencia, y viendo el sobre abierto, saqué la carta y lei:

«Mañana en mi quinta. Ven temprano á calmar la impaciencia de tu esclava

ANA.»

Desde las primeras palabras me sentí sobreco-gida: un rumor sordo zumbaba en mis oidos, y lei cien veces aquel lacónico billete sin comprenderlo; mejor dicho, comprendiéndolo quizá demasiado.

Me sentía morir: de pié, inmóvil, aterrada, sin voz, casi sin aliento, queria gritar y la voz se anudaba en mi garganta; queria llorar, y mi corazon se comprimía hasta dolerme. La habitacion giraba en torno mio; el suelo faltaba bajo mis plantas: negras y espesas sombras se estendian por mi cerebro, y con las pupilas dilatadas leia mil veces aquella carta, sin que una sola de sus palabras se grabara en mi imaginacion.

De pronto me pareció verme suspendida en el espacio, y despues lanzada en un abismo sin fon-

do, y rodé por el suelo anonadada, sin sentido, muerta.

No sé cuanto tiempo estuve en aquel estado, pero cuando volví en mí, no recordaba nada de lo ocurrido, necesitando la vista de la funesta misiva para comprender mi desgracia.

Un grito estridente rasgó mi garganta, y mis ojos se inundaron de lágrimas.

Entonces lloré; lloré mi desencanto, mi desilucion; lloré como debió llorar Blanca de Navarra, como debió llorar la Valière ante tan inicuas infidelidades.

Mi mente no podia concebir tamaño crimen: yo que amaba á Ernesto con toda la pasion de mi alma, yo que le adoraba, y que habia cifrado en su cariño toda mi ventura, depositando en él una fé ciega y una confianza sin limites, me veia engañada, ultrajada vilmente, y mi alma se abría al dolor, y nuevas lágrimas turbaban mi vista, porque para mí no habia consuelo humano, pues nada hay mas horrible que saberse engañada.

Sentí el carruage de Ernesto, y enjugué mis lágrimas: dominé mi agudo pesar y cuando entró en mi cuarto me halló serena en apariencia.

Besó á su hijo, que reposaba tranquila, inocentemente en su cuna, y tendiéndome una mano, me preguntó como estaba.

Por toda respuesta le alargué la carta de su amiga.

La conoció de seguida: vaciló un momento en tomarla, y me miró atento; entonces vió mis ojos enrojecidos por el llanto, y comprendió que estaba enterada de todo. Se puso lívido como la muerte.

—Debes aborrecerme, me dijo, debes aborrecerme; si lo comprendo: pero si me oyes atenta un rato, me perdonarás, estoy seguro.

—Habla, le dije, haciendo un esfuerzo.

Me contó una historia: no sé lo que era; segun él mi amiga lo habia fascinado, lo habia aturdido un dia, una hora, un momento, pero luego la aborrecía mortalmente; hacia mucho tiempo que dejaron de verse: ninguno de los dos amaba: solo los impulsó el amor propio, la vanidad, el orgullo.

Cuando concluyó de hablar le perdoné, era el padre de mi hijo y debia perdonarlo, pero en mi corazon germinaba el deseo de la venganza y decidí vengarme. Queria devolver ojo por ojo, diente por diente; queria hacer sufrir todo lo que yo habia sufrido, y queria que aquel hombre experimentase todo el dolor de los celos; queria que viese su corazon desgarrado por el mas horrible de los desencantos: el desamor.

Perdoné, sí, pero era para vengarme mejor, porque la muger perdona, pero no olvida.

MARIA DE LA PAZ.

PENSAMIENTO.

Los hombres dicen de las mugeres todo lo que quieren; las mugeres hacen de los hombres todo lo que les da la gana.

PEPIN.

LA CASA DONDE VIVIÓ

Cada vez que paso y miro
la casa donde vivió,
con la jaula me divierto,
que el pájaro ya voló.

Cancion popular.

«Casita, casita blanca,
en el valle la mejor,
nido de amores un día,
tumba de recuerdos hoy:
triste estás como mi alma,
tu dolor es mi dolor:
ella nos falta... ¿qué mucho
que estemos tristes los dos?»
Así canto, y nadie enjuga
las lágrimas del cantor,
cada vez que paso y miro
la casa donde vivió.

«Casita, casita blanca,
aun suben á tu balcon
las verdes enredaderas
que *ella* una tarde plantó.
Ya no las riega su mano,
y las va secando el sol,
como en la ausencia se secan
las flores de la ilusion».
Tal sigue mi cantinela,
y solo la escucha Dios,
cada vez que paso y miro
la casa donde vivió.

«Brisa leve que recojes
las notas de mi cancion:
si por acaso llegaras
donde el hado la llevó,
no murmures á su oído,
no le cuentes mi afliccion,
aunque en otros brazos tenga
blandos ensueños de amor,
mientras saltan á mis ojos
lágrimas del corazon
cada vez que paso y miro
la casa donde vivió».

A. P. P.

BUENOS SENTIMIENTOS

Prexaspes, favorito y Consejero de Cambises, rey de Persia, se permitió un día censurar á su señor por el abuso que hacía de las bebidas alcohólicas.

—Te haré ver muy pronto, dijo el rey, que después de haber bebido mucho, quedo tan firme, como si no hubiera probado una gota de licor.

Bebió un día, en efecto, con exceso, y mandó llamar al hijo de Prexaspes, quien vino acompañado de su padre.

—Oye, muchacho, colócate delante de esa columna: ponte derecho; así, quedate inmóvil.

Hecho esto se retiró á cierta distancia, y dijo á Prexaspes:

—Ya has visto que he bebido mucho; verás ahora si tengo el pulso y la cabeza firmes.

Esto diciendo cogió un arco, le puso una flecha, apuntó al muchacho, y disparó, gritando:

—Al corazon.

Efectivamente atravesó el pecho del infeliz jóven.

Volviéndose hácia el padre, que estaba mudo de horror:

—Qué tal? le dijo, ¿conservo la cabeza bien fresca?

EN EL ALBUM

DE LA SRTA. D.^a ADELA GAETNER

No me incita á visitar Granada
la tan preciada cuesta de Gomeles,
ni el subir á la torre de la Vela,
ni el estudiar la historia de sus reyes.

No me llevan sus anchas alamedas,
ni sus cármenes, huertas y verjeles,
ni la Alhambra, creacion la mas sublime
del genio superior de los infieles;
llévame solo á la ciudad morisca
el deseo de verte.

F.

PASATIEMPO

Solucion á la charada inserta en el número anterior.

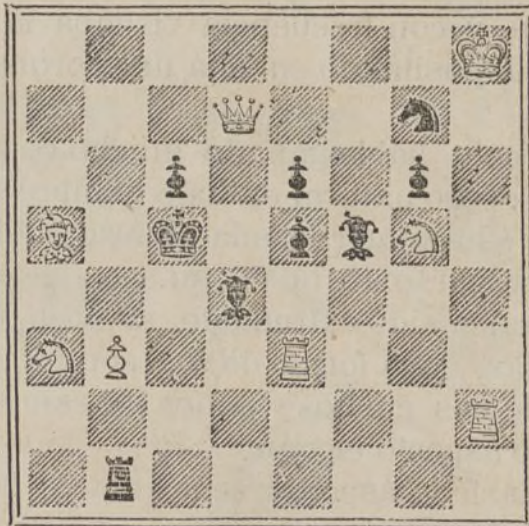
CAFETERO.

AJEDRÉZ

Problema número 13.

Por Mr. J. G. Campbell, de Londres.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan mate en tres jugadas.

SOLUCIONES

Al problema número 12.

BLANCAS.

NEGRAS.

1 C5 A D

2 C 6 C D

3 A mate

R toma C

cualquiera

1 R toma A

2 R toma P

3 T mate

R 4 D

SOLUCIONES EXACTAS.

Sres. D. B. Hernandez; D. M. C. del R.; D. N. de la Torre; D. R. R.

TRES ERAN, TRES...

BORRON Á LA PLUMA

POR C.

SEGUNDA PARTE

CECILIA

CAPÍTULO X.

Preliminares.

Dos años de viudedad y de continuo movimiento no fueron bastantes para hacer olvidar á D. Modesto su cara esposa, pero sí para que se amortiguara su intenso dolor, pues sabido es que no hay bálsamo como el tiempo para cicatrizar ciertas heridas, y ni Holloway, ni el celebrado doctor Garrido encontrarán jamás una panacea tan eficaz como los años para curar las enfermedades del alma. Por eso D. Modesto, que en los primeros meses creía y quería morir, se paseaba tranquilamente dos años despues por la Carrera de San Gerónimo, mirando los escaparates, y lo que es mas lamentable aun, á las mugerés bonitas que pasaban por su lado.

No se crea por esto que el ex-hijo de Márte habia olvidado á su Eufrosia: nada menos que eso. D. Modesto habia sido demasiado feliz en su matrimonio para arrancar fácilmente de su pecho la imagen de aquella muger que se habia entregado á él en cuerpo y alma: así, que le dedicaba todos aquellos gratos recuerdos que los vivos dedican á los que fueron, y con frecuencia visitaba la tumba de Eufrosia, depositando en ella una corona de siemprevivas.

D. Modesto habia ganado mucho con el matrimonio: el deseo natural en todo hombre de hacerse agradable á la muger amada, le hizo cuidar mas su *toilette* y su persona, no en su aseo personal, que siempre habia sido extremado, sino en el corte de sus préndas, en la forma de sus sombreros y en la hechura de sus cuellos y puños de camisa, que tenían cierto aspecto elegante. Sin su bigote y cabello, quizá demasiado ásperos, se le hubiera tomado por un Senador del Reino ó por un banquero; pero tal como era podia creersele un militar de graduacion, y su impecable levita negra, rigurosamente abrochada parecia confirmar esta sospecha.

Mas de una muger lo miraba con codicia al pasar por su lado; pero D. Modesto, que siempre habia tenido horror al matrimonio y que recordaba con espeluznos y calofrios á D.^a Gertrudis, sintexis, poco mas ó poco menos, de todas las suegras, juraba y perjuraba permanecer viudo hasta el fin de sus dias.

—Si encontrara otra Eufrosia, pero sin madre... se decia algunas veces; mas no; no hay otra como ella y el buey suelto, bien se lame.

Y se aferraba mas y mas en su propósito de morir libre.

Un dia que se paseaba por la Carrera de San Gerónimo, con la parsimonia y calma que todos le conocemos, se encontró con su coronel, ó mejor dicho, con el que fué coronel de su batallon.

Un momento vacilaron ambos antes de reconocerse, pero D. Modesto exclamó al fin.

—Mi coronel!

—Como! usted es D. Modesto Cienfuegos? Rayos y truenos que buen encuentro.

—Si, señor, el mismo que viste y calza.

—Y está usted hecho un eleganton!

—Que quiere usted, los tiempos cambian.

—Vaya, vaya, hombre y cuanto me alegro. Por supuesto que hoy come usted conmigo.

—Como usted quiera, mi coronel.

—Ya no soy coronel; pedi mi absoluta, como usted hizo, y ahora soy tan paisano como cualquiera otro. Llámeme usted por mi nombre.

—Me deja usted admirado. ¿Y como ha sido eso?

—Me cansé de ver ascender á unos y á otros, mientras yo seguia con los tres galones, y como tenia asegurada la rosca, me dije «á vivir», y aquí me tiene usted empleado por las mañanas en no hacer nada, y las noches en hacer lo mismo.

En esto dieron las siete y D. Fernando Centellas y D. Modesto Cienfuegos se dirigieron al *restaurant* «Los dos cisnes», donde el primero encargó una comida excelente, pues segun confesion propia era aficionado á la buena mesa.

Se sentaron á ella, y D. Modesto comenzó su relato, del cual quiero hacer gracia á mis lectores, puesto que ya lo conocen; relato que terminó con el café.

El coronel Centellas, que habia escuchado con grande atencion, le consoló diciéndole:

—Que se ha de hacer amigo! Esa es la vida: no hay mas remedio que conformarse con el destino, y ya que tiene usted una buena renta debe distraerse y hacer lo que yo hago: darme buena vida. Ni usted ni yo tenemos familia; ambos somos ricos, y de hoy mas seremos camaradillas. ¡Viva la lealtad! Prepárese usted amigo mio, dentro de unos dias partiremos para Biarritz, en la frontera francesa, y ya verá usted como lo pasamos grandemente.

—Pero, si yo no sé francés, ni...

—Bah! pronto se aprende. Yo tengo alli buenas relaciones y pronto trabaremos amistad con todo el mundo.

D. Modesto que era económico: conservaba este hábito desde su juventud, pero no le dolia gastar el dinero, cuando era bien gastado, como él decia. Asi que no tardó en decidirse, y pertrechándose de cuanto equipage le aconsejó su amigo Centellas, con lo cual se *elegantizó* mas y mas, tomaron un dia el express, y con él el camino de Francia, á donde llegaron el martes 13 de no sé que mes.

CAPÍTULO XI.

Seducer?

No le habia engañado el ex-coronel: Biarritz estaba lleno de gentes de las mejores sociedades francesas y españolas; y no solo Biarritz sino Bayona y Socoa, y cuantos puntos de baños y de verano hay en la frontera.

(Continuará)